

## POESIAS DE DON CLEMENTE ALTHAUS. 7

---

(De LA SOCIEDAD de Lima.)

Hemos tenido el gusto de ver al fin impreso el tomo de poesías de don Clemente Althaus, que tanto deseábamos, i nuestro deseo ha sido coronado por el éxito mas feliz que se podia esperar.

Mui escasas de mérito son, en estos tiempos, las publicaciones que se hacen en lengua castellana, i las obras poéticas del vate limeño son dignas de los mejores tiempos de la literatura española.

Como aficionados que somos a las letras i al decoro de nuestra patria, no podemos dejar de examinar detenidamente un libro que hace honor al pais, cosa que por cierto no se puede decir de la multitud de publicaciones que se anuncian con mucho ruido, i para vergüenza nuestra, con grandes elogios de todos los periódicos de la capital. ¿Cómo es posible que merezcan igual alabanza el insulso coplero que titulan poeta, porque escribe en consonantes i solo versifica vaguedades i cosas sin sustancia, i el hombre de talento i de corazon que a fuerza de estudios i de meditacion forma un caudal de ideas i conocimientos, con que enseña a los pueblos a acatar la virtud i a aborrecer el vicio? Algunos periodistas hacen elogios de todo lo que se publica, por amistad o por compasion, si el titulado poeta es pobre; pero no es la simpatía ni la conmiseracion la que debe dirijir al criterio de los que están llamados a guiar la opinion pública: el periodismo debiera ser una especie de sacerdocio, que no ejercieran sino personas dotadas de una clara razon, de vastos i universales conocimientos, i de una alta imparcialidad.

El libro de que tratamos, es una joya de la lengua castellana: son tantas sus bellezas, que para citarlas i analizarlas seria necesario publicar un volumen de las dimensiones del que nos ocupa; pero la estrechez de un artículo nos obliga a abreviar nuestros juicios, mencionando solamente las mas notables composiciones.

Tomando esta leccion en su conjunto, se puede dividir en tres partes, que corresponden a tres épocas de la vida del hombre. Las poesías escritas en la primera época, son lijeras i soñadoras i ya se advierte imaginacion en los conceptos i elegancia en el estilo. Las escritas en la segunda, manifiestan consagracion al estudio de la literatura antigua castellana, a la vez que sed ardiente de felicidad, i en esta época se ve el perfeccionamiento en el estilo que toma un carácter definitivo de abundancia i primor. En la tercera, el caudal de conocimientos se aumenta i el vigor i brevedad de la expresion determinan el jénio del poeta en su apojeo.

La *Cancion de Coralai*, escrita a los dieziseis años, es la primer composicion del tomo. ¡Cuánta lozanía i gracia en la descripcion de la noche! Despues ¡cuánta nobleza i jenerosidad de sentimientos en la india, que, enamorada de un extranjero ya ligado con juramento a otra, no quiere ser correspondida de él para no causar la desgracia de su prometida.

Con el acento mas triste dice:

Goce la vírjen hermosa  
De su amor puro i entero,  
Que ninguna dicha quiero  
Que se compre con su mal.

Despues, cuando llevada de la fuerza de su pasion, quisiera hacer llegar a oidos de su amado el eco doloroso de sus quejas, retrocede avergonzada a la sola idea de una desdeñosa acojida i clama a la luna mitigue sus pesares.

*Adioses*: es la expresion mas injenua de los sentimientos de un niño al separarse de su compañera de infancia.

*Las cautivas de Israel* sacadas del salmo *Super flumina Babilonis* i tratadas de un modo enteramente nuevo, respiran el amor de la patria i el pesar de la ausencia.

La composicion *A Colon*, publicada anteriormente en el tomo que dió a luz en Paris en el año 1862, está correjida de los defectos que entónces le notamos, que eran demasiada extension i poco concentrado el estilo, de manera que las ideas perdian algo de su fuerza. Con solo haber omitido casi una tercera parte del todo, ha quedado en nuestro concepto tan mejorada, que la creemos una de las primeras de la segunda época del poeta. Desde la primera estrofa se encuentra valiente entonacion, nobleza de sentimientos i suma elegancia i primor en el estilo. ¡Cuánta valentía al describir el semblante del descubridor de América en los siguientes versos:

¿Rayos brotaba tu semblante augusto?  
¿Hablabas Dios por tu inspirada boca,  
Que así la saña i el valiente susto  
Domar pudiste de esa turba loca?

I mas abajo ¡qué pintura tan grandiosa cuando dice!

Al mirar siempre en torno cielo i onda  
I eterno centro tu veloz navío  
Ser de la mar redonda,  
¿Temor no te asaltaba  
Que nunca, nunca de acabar hubiera  
O allá tan solo donde el orbe acaba  
Aquel trémulo llano i su carrera?

¡Cuánta magnificencia i pòmpa al describir América! No podemos resistirnos a citar aunque sea una pequeña parte:

Sus montañas, del cielo cual pilares,  
De oro se encumbran i de plata llenas,  
I de sus rios, que semejan mares,  
Son oro las arenas;  
Son edenes sus vastas praderías,  
I son sus noches dias:  
Cuán bello rico i cuánto rico vasto,  
Tres mundos a la par contrapesando,  
Del orbe la mitad ocupa solo;  
Su talle en derredor la zona ardiente  
Ciñe, cual ancho cinturon de fuego,  
I es un polo corona de su frente  
I estrado de su planta el otro polo.

I al concluir ¡con cuánta vehemencia i firmeza lamenta en los versos que copiamos, el triste fin *del Dios humano*, como le dice al fin de la composicion. Hé aquí los versos:

I ¡oh vergüenza de Europa!  
¡Oh del siglo baldon no encarecido!  
¡A las congojas de miseria i hambre  
Jimió tu santa ancianidad sujeta!  
¡I el mas rico varon que el tiempo vido,  
De quien era el caudal medio planeta,  
Murió como el postrero desvalido!

El himno *A la Virgen*, en quintillas, merece especial mencion: es una poesía católica en toda la extension de la palabra, llena de sentimiento en el fondo i de elegancia en la forma: su segunda parte ofrece una série de cuadros admirables, destinados a pintar todas las desgracia humanas, para las cuales se invoca la proteccion de aquella a quien el poeta se dirige en estos términos:

Tú que eres (¡en tal manera  
De Dios la gracia en tí abunda!)  
La criatura primera  
De la creacion entera,  
I a Dios tan solo segunda;  
Sublime María, nueva  
Mayor mejorada Eva,  
Segunda Madre del hombre . . . .

*Vision:* esta composicion, como la de *Colon*, ha quedado mui mejorada con solo haberle suprimido una gran parte, porque habia en ella tal abundancia de ideas que sobraba material para otras composiciones: como está ahora, bastaria para dar fama a un poeta.

La estrofa primera puede servir como modelo de poesía descriptiva i de elegancia i dulzura en el estilo:

Iba la mas oscura, taciturna  
I triste Hora nocturna  
Moviendo el tardo soñoliento vuelo  
Por el dormido cielo,  
Cuando, dejando mi alma  
En brazos del hermano de la muerte  
A su cansado compañero inerte,  
Libre de su cadena,  
Voló a su patria desde el turbio Sena.

Despues, con la mas valiente entonacion, a grandes pinceladas describe el Perú.

La pintura del ángel es grandiosa i merece el epíteto de dantesca por la verdad i viveza de las imájenes: no se puede pintar con mas esplendor el semblante del ángel; una de las dotes gloriosas, la claridad, se vé en los versos que citamos:

I cual del Sol la rutilante cara  
En la mitad del dia,  
Derramaba ancho círculo de rayos,  
Sol portentoso de la noche umbría.

El ángel hace en pocas i sentidas palabras la historia del Perú, desde los Incas hasta que se selló con sangre nuestra emancipacion en los campos de Junin i Ayacucho.

En seguida habla el poeta quejándose de las desgracias de la patria. ¡Cuánta solemnidad i amargura, i cuánta verdad, por desgracia, en todo lo que dice! ¡Ojalá nuestros mandatarios leyeran este trozo, para que por compasion, ya que no por cumplimiento de su deber, se abstuvieran de empujar al pais a su completa ruina!

Despues de vituperar la jeneral empleomanía protectora del ocio, i del abandono en que están aquí las ciencias i las artes, poseido de santa indignacion, exclama:

Por eso ¡ai Dios! con arrogante boca,  
Bien como a jente bárbara e inculta  
Nos befa el extranjero i nos insulta;  
I los peruanos defender no pueden  
En ajenas orillas  
A su patria afrentada, i sus mejillas  
Se cubren del color de la vergüenza.

La poesía *A Dios* empieza con una arrogante invocacion a la Musa, a fin de que inspire al bardo su canto mas sublime, para magnificar con él al Señor de todo lo creado. En seguida enumera todas las maravillas del universo, comenzando por el mar, cuya extension es en lo material el retrato mas semejante de la inmensidad de Dios.

Despues de haber manifestado cuán sin trabajo creó Dios el universo, recuerda que con la misma facilidad con que lo creó puede destruirlo; i esto lo lleva al juicio final del que nos hace la mas tremenda pintura en los siguientes versos:

Peste i hambre serán, i universales  
Asoladoras guerras,  
De tan tremendo dia las señales;  
I cubriéndose sol i estrellas puras,  
Se quedará la creacion a oscuras;  
Sus olas empinando como sierras,  
Tan horrendos bramidos  
Levantará la mar embravecida,  
Que de pueblos distantes  
Con espanto mortal serán oidos,  
I al fin los lindes le darán salida  
Que no salvaron sus furoros ántes;  
I, en continuo vaiven, de polo a polo  
El globo temblará como un navío  
En mar airado que alborota Eolo.

Despues describe la tempestad i el temblor, cuando

A las plazas i campos rauda corre,  
En confuso tropel, la triste jente,  
Que, de espanto amarilla,  
I con rápida mano hiriendo el pecho  
Dobla en tierra la trémula rodilla.

En la parte tercera, de tan diverso tono, describe los dias i

las noches, los rios que dan vida a la tierra, los minerales, las piedras preciosas, las aves, los cuadrúpedos, pintados con la brevedad i fuerza que distinguen al autor; i concluye dulcemente con las humildes pero bellas i fragantes flores que visten la pradera.

La parte cuarta es una plegaria por la patria, i a este respecto diremos que no hai composicion entre las de gran mérito del autor en que la patria no merezca sus mas ardientes votos.

En la parte quinta, que es la última, el poeta se introduce a sí mismo, invoca la misericordia de Dios para que le devuelva la salud perdida, i termina ofreciendo los méritos de la redencion.

Solo citaremos de paso las poesías a Elena, entre las cuales nos parecen las mejores la que comienza:

Dulcísima vírjen, eres . . . .

i la escrita en liras, ¡Cuán vivamente anhele, graciosas i elegantes ámbas: ni nos detendremos en las siguientes: *En Nápoles, En Cádiz, A Lóndres, Reto al Destino, Al Sueño, A una Espada*, etc., apesar de su mérito: pero las que nos obligan a hacer un exámen detenido, son las dos composiciones *A Fr. Luis de Leon* i *A la Música*, que son en su jénero lo mejor que ha escrito el señor Althaus. En la primera, el autor ha procurado imitar el estilo del ilustre vate a quien la dedica, i lo hace tan felizmente, que por momentos nos parece que estamos leyendo los versos de Fr. Luis. Véanse sino las siguientes estrofas:

Tu frecuente lectura  
Es plática que tengo yo contigo,  
I me es tanta dulzura,  
Cual con estrecho amigo  
Estar hablando a solas sin testigo.

.....  
Por quienes a la lumbre  
De vijilante lámpara desdeño,  
Por antigua costumbre,  
El tentador beleño  
I el reposo blandísimo del sueño.

La composicion *A la música*, que tambien participa en algo del estilo de Fr. Luis, es todavía mas profunda e inspirada i sus estrofas están mas artística i primorosamente ejecutadas: ¡qué poesía tan exquisita en estos versos!

Por tí se engolfa mi alma  
En un piélago inmenso de dulzura,  
De donde no volviera  
Jamás a la tristísima ribera.

I en estos otros:

Las gotas de mi llanto  
Mi faz refrezcan, de dulzuras llenas,  
Como rocío santo;  
I si talvez al corazon das penas,  
No hai placer ni alegría  
Que mas me halague que la pena mia.

Pero lo mejor es el fin:

¡Ah! cuando llegue el fijo  
Plazo fatal que a mi vivir espera,  
I el santo crucifijo  
Levanten a mi triste cabecera  
Sacras piadosas manos,  
I lloren junto a mi madre i hermanos,  
En tan terrible trance,  
(¡Cumplido logre este postrer anhelo!)  
Tu acento oir yo alcance  
Cual dulce voz con que me llame el cielo  
Para que de la vida  
Con ménos sentimiento me despida.

Los romances *A mi Madre* i *A Magdaleña mi nodriza*, son composiciones tiernas i dulcísimas.

El canto de Safo a Faon, es la pintura mas viva de una verdadera pasion. Empieza por describir el amor en sus primeras sensaciones: vivísimos deseos de comunicar a su amado las hondas emociones que siente cuando piensa en él, incapacidad de declararlas i aun de mover la voz en su presencia, turbacion, desfallecimiento i casi muerte: en ausencia, entusiasmo, celos, llanto, desesperacion, locura: envidia los mayores tormentos, porque todos los considera como nada comparados con su martirio; en su furor maldice las deidades de su relijion i les enrostra sus vicios: le pesa su ingenio para la poesía, i lo trocara gustosa por un rostro bello, que pudiera seducir al ingrato que la pospone a una necia hermosa; últimamente medita su suicidio, i le pide a Faon una lágrima siquiera sobre su tumba, única esperanza con que la desdichada quiere calmar su padecer.

El *Ultimo canto de Safo* está en seguida de la composicion anterior, i puede servirle de conclusion. Es un adios a la vida, ántes de arrojarse de la Leucadia roca, en que llama a todos los que padecen a imitar su arrojamiento; apellida cobardes i viles a los que no la siguen, i volviéndose despues a Faon le echa en cara su ingratitud; pero, como cosa propia del verdadero amor, inmediatamente lo disculpa, en los primorosos versos que copiamos:

No fué amarme en tu mano:  
Tuya no fué la culpa; el rigor lo hizo  
De Júpiter tirano  
Que, con avara diestra, velo humano  
Me dió desnudo de beldad i hechizo.

Despues, dirijiéndose al mar, le dice con desprecio:

¡Oh Ponto! cuyo asalto  
La excelsa roca azota, hirviente espuma  
Arrojando a lo alto,  
No del mortal irrevocable salto  
Arredrarme tu cólera presuma.

I termina diciendo que es tranquila calma la furia del mar que azota la roca que la sostiene, comparada con la horrible tempestad de su alma; i arrojándose al mar, solo queda su lira abandonada a merced de las ondas.

*Vanitas vanitatum*: profundamente filosófica, tiene pinceladas maestras: la estrofa que copiamos pinta con los mas vivos colores la desgracia del corazon, bajo las apariencias mas engañadoras:

¿Quién conoció jamas un venturoso?  
Es máscara la dicha solamente:  
El rostro mas sereno i mas radioso  
Tristeza esconde, regocijo miente;  
Como talvez entre el rosal frondoso  
Anida venenosa la serpiente,  
O al lindo fruto de color lozano  
Le roe el corazon negro gusano.

El *Desahuciado* es una composicion bellísima i profundamente relijiosa i consoladora; pero, si se enumeraran todas las composiciones de mérito del señor Althaus, seria preciso citarlas casi todas.

*A mi patria cuando me disponia volver a ella*, es un canto que merece especial consideracion por la elegancia del estilo i los sentimientos patrióticos que revela el autor, i aunque el episodio de Ulises que lo termina es un poco largo, la maestría con que está escrita impresiona tan agradablemente, que se olvidan sus dimensiones. Empieza por bendecir el momento de regresar a la patria, i desea no volver jamas a abandonar su suelo. En lindos versos manifiesta el mas vehemente anhelo por el engrandecimiento de su patria, deseando para ella los adelantos en ciencias i artes que admiraba en Europa. En seguida describe el delicioso clima de Lima, con los versos mas dulces i llenos de sentimiento e imajinacion:

¡Cuánto, oh mi Lima, anhelo  
Ver de nuevo tu puro alegre cielo!  
¡Cuánto echa el alma ménos tus iguales  
Serenos dias, i tus noches bellas,  
De tus dias rivales, etc.

Expresa el cariño mas intenso al hablar de la jente del pais, tan hospitalaria i blanda de carácter; de las mujeres, cuya belleza llama proverbial; de las calles i paseos de Lima, i hasta de la calidad de los manjares. Recorre casi todo el Perú, trazando a grande rasgos su historia; i al hablar de Ayacucho recuerda que ha nacido en suelo independiente, i bendice la dulce patria en que vió la luz primera. Describe en concisos i vigorosos versos sus riquezas naturales, i le promete como una ofrenda santa los lauros que coseche inspirados por ella. Lamenta tristemente las revoluciones i cambios políticos a que está sujeto el Perú; pero de repente, con tono profético, exclama:

Mas ¿quien no dice, oh patria que mañana  
Rayos no dés de gloria soberana?  
Si es de la vana Europa lo presente,  
El tuyo lo futuro,  
Que nada persevera eternamente,  
Ni a cambios del destino está seguro.

Despues, para probar lo universal i justo del amor a la patria, imita en dulcísimos i elegantes versos el episodio en que Home- ro cuenta la historia de Ulises i Calipso, i termina diciendo que, si Ulises rodeado de cuanto bienestar puede apetecer humano deseo i en lugar tan delicioso, como que era mansion de una dio- sa, deseaba regresar a su Itaca querida, ¿cuánto mas no deseará él volver a su Perú no teniendo como Ulises tantos i tan multi- plicados atractivos que lo detengan en tierra extranjera?



## NOCHE DE LUNA.

---

¡Qué dulce es la luna! Su luz de topacio  
Ya brinda al espacio  
Belleza mayor;  
Las flores por ella levantan la frente,  
Remansos le forma la clara corriente  
Del fresco arrolluelo que riega inocente  
Del campo la flor.

¡Qué lindo está el cielo! Parece que imita  
Tu frente bendita,  
Mi anjélico bien!  
¡Qué verde está el prado! ¡Qué dulces olores  
Exhalan las hojas de todas las flores!  
¡Qué suave es, bien mio, la brisa de amores  
Que besa tu sien!

Contempla del Ande la cima nevada,  
De gloria pasada  
Testigo inmortal.  
La rueda del tiempo no huella su frente,  
Los astros le brindan su luz refulgente,  
Cual brindas a mi alma, paloma inocente,  
Placer celestial.

Eterna cual esa montaña gigante,  
La fé de tu amante  
Será para tí.  
Ni sombras de ausencia, ni males sin cuento,  
Harán que te olvide un solo momento.  
¡Ah! ¡quieran los hados que igual pensamiento  
Tú abrigues por mí!

ROSENDO CARRASCO.

---

# ¡PATRIA MIA!

(De *El Uruguay en la Exposicion de Chile.*)

## I.

¿De dónde vienes pabellon sagrado,  
Bicolor de mi patria?  
¿A dónde vas? ¿Qué buscas? ¿Quién te envía?  
¿Acaso el alma de la patria mia  
En tus pliegues radiantes escondida  
Viene a templar mi pecho acongojado,  
Viene a inflamar mi inspiracion dormida?  
¿No peleabas ayer? ¿Hoi no peleas?  
¿No acabo de escuchar el vocerío?  
El fatal alboroto  
Que entre el polvo i el humo se levanta,  
Do tu jiron flotaba  
Ensangrentado, desteñido i roto?  
Jenio inmortal que rijes las batallas:  
¡Tú tambien como bueno,  
Tú radiante de paz, puro i sereno,  
Al fin luchando para el bien te hallas!  
¡Gran Dios, cuanta alegría!  
Casi no te conozco, Patria mia.

Ese jiron de tu bandera roto  
Que se ostenta del bien en el torneo,  
Mi corazon ensancha;  
Hoi en la fé del patriotismo creo;  
Yo cantaré la aurora en que te veo,  
Yo lloraré la sangre que te mancha.  
Patria, feliz me siento;  
Tu nombre en mi alma es abrasado rayo  
Que funde un corazon, forjando un antro  
De rabia, de entusiasmo i de cariño:  
Para cantarte a tí . . . . ¡soi Uruguayo!  
Para llorar por tí . . . . ¡me siento un niño!  
I si el lloro pueril ante el recuerdo  
De una patria adorada

Viene a mezclarse a la chilena gloria,  
Tambien verá su historia  
Con la de un pueblo varonil trazada;  
Si legaron a Chile sus mayores  
Con el ser de la edad la fria calma,  
Mi patria nació jóven; su ardimiento,  
Crímen fué de su edad no de su alma.

II.

Sonó la redencion de un continente:  
Un rumor de cadenas que se roen  
Se oyó confusamente  
Cual jérmen de tormenta  
Que nace, crece i que fatal revienta.  
El siniestro presajio  
Fermentó, reventó. Tembló la esfera  
Al ver que aquel volcan hecho pedazos  
Mostró en su cátrer i en su lava hirviente  
Que forjaba en su seno en vez de esclavos  
Cada pedazo una nacion de bravos,  
I de aquella vorájine potente  
Ser colosal, que concibió un delirio  
Fundida en los crisoles del martirio,  
De América surgió la libre frente.

Mi patria allí nació: Tambien tú Chile  
Peleaste como bueno;  
Mas en el campo de la lucha noble  
Dejaste todo, el odio de tu seno.  
Tu herencia recojiste, i sobre el Ande  
Plantaste tu vivac; cesó la lucha,  
Tu gloria no fué efímera; no lámpos  
De dicha te alumbraron,  
Tu potro refrenaste  
I sin riendas cruzó libre tus campos.  
I tu casco, tu adarga, tu celada,  
Tu lanza enmohecida,  
Colgados en tus árboles frondosos  
Al arado i al riel dejaron paso;  
I el férreo anulador de la distancia  
Unió su idea del oriente a ocaso.  
La estrella de la paz sobre la frente  
I el vapor revolcándose, mujiendo,  
Bajo tu pié domesticado i mudo,  
Tranquila la conciencia  
Escribiste en tu escudo;

DIOS i LA LIBERTAD; PAZ i CREENCIA.  
Con fé en el porvenir, lleno de vida  
Miraste con la frente levantada  
La frenética i loca polvareda  
    Que, en lucha fratricida,  
Levantaba de pueblos desgraciados,  
    Entre horror i baldones,  
El nefando tropel de los bridones.  
    Esa, Chile, es tu historia;  
Quien tiene corazon, la llama gloria.

Pabellon bicolor: corre a la patria,  
Haz que cesen los odios que la oprimen;  
Has visto libertad, viste su fruto;  
¡Ah! ¡no es valor el que alimenta el crimen!  
La paz le exige su filial tributo.

    Dile que al fin comprenda  
Que hai un pueblo viril sin sangre i luto.

Comprenderlo sabrá la patria mia;  
    ¿Qué en su frente no arde  
Una chispa de fé? Quien no la alienta  
Es un pueblo cegado, es un cobarde.  
I cobarde . . . . ¡jamás! Guarde el olvido  
Un pasado que fué i en él se pierde;  
Pasado criminal que infama i mancha  
Al rencor que cegado le recuerde.

Los culpados ¿do están? Ya no nos toca  
A nosotros hablar; ¡miente el que falle!  
Un crimen a otro crimen amontona:

    La Patria los perdona.  
Olvide el corazon, el labio calle  
I un pasado de sangre vergonzoso  
Que cruzó envenenando nuestro suelo,  
No empañe un porvenir que luce hermoso;  
I si hubo criminales . . . . ¡juzgue el cielo!  
I si un pueblo de glorias se alimenta,  
Conquistó gloria, no rencor i muerte:  
    Los triunfos i victorias  
Que de época infeliz la Patria cuenta,  
Fueron glorias de horror . . . ¡no fueron glorias!

    ¿Qué buscas descompuesta i jadeante  
En ese campo de funesta lucha?  
Mira que acecha tu desgracia el crimen,  
Tente un momento . . . ¡la ambicion te escucha!

¡Esclavitud! . . . delira quien te nombra.  
Ante tí ¡cuánto es dulce guerra i muerte!  
Ante tí se levanta en tropa inerte  
De nuestros padres la tremenda sombra.

Patria: no desconfío,  
Heróica nuestros padres te enjendraron,  
Del poder que te acecha yo me rio,  
Sus esfuerzos son vanos  
Porque ante él los hermanos son hermanos.

Si arranqué de mi lira tu desgracia,  
El mundo comprendió que tu cabeza  
Se inclinó ensangrentada  
Bajo tu misma varonil audacia,  
Bajo el peso fatal de tu grandeza.

Libre te ostento ante la faz del mundo,  
Tu nombre con orgullo  
Hago que grande entre mis labios vibre;  
¡Lloré las faltas de una patria jóven!  
¡Canté las glorias de una patria libre!

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

---

## LA BIBLIA I LA CIENCIA.

---

Con motivo de la aparicion de una obra intitulada *Conflictos entre la ciencia i la revelacion*, compuesta por un escritor americano, Draper, el redactor del periódico parisiense DES MONDES publicó un artículo de refutacion que traduce LA CARIDAD de Bogotá.

Lo damos a conocer a nuestros lectores como publicacion de actualidad por la novedad de la obra que lo motiva, como tambien por las doctrinas que encierra.

Hoi, que es la eterna pesadilla de la incredulidad el pretendido antagonismo entre la ciencia i la relijion, esa clase de producciones es de indisputable necesidad para desvanecer esos errores que, si algo tienen de modernos, es que apesar de las brillantes refutaciones que de ellos se han hecho, se repiten con aire de triunfo hasta en nuestros dias.

La refutación del libro de los *Conflictos entre la ciencia i la revelación*, es una producción sumamente lijera, i tan ordenada cuanto puede serlo un artículo de diario; pero que por lo mismo facilita mas su lectura, pues es sabido que las obras voluminosas duermen en los estantes de las bibliotecas como no venga una mano piadosa a desempolvarlas.

Para quien haya leído refutaciones como las que contiene el abate Duclos en sus *Vindicias de la biblia*, ese artículo no alcanza los honores de la novedad.

Entre tanto, veamos lo que dice el abate Moigno, redactor de DES MONDES ocupándose en el libro del señor Draper:

“Este volúmen de la biblioteca científica internacional no es en realidad sino expresión apasionada de odio, violenta declaración de guerra i colérica declamación, tres cosas basadas en una interpretación parcial, arbitraria i falsa de hechos desfigurados de la historia. Lo leí con la mayor atención i ví no sin sorpresa, i sin tristeza también, que puede resumirse en la siguiente aserción tan gratuita cuanto extraña (páj. VI): “Una revelación divina excluye necesariamente la contradicción; excluye el progreso de las ideas i cuanto emane de la *espontaneidad humana*; i nuestras opiniones tocante a estas cosas son susceptibles de cambio i de ilustración por los descubrimientos de la ciencia.”

Declarar imposible i criminal todo lo sobrenatural, porque esté o pueda estar en contradicción con algún hecho o ley científica, es el dogma draconiano de Page de Buchner, de Vogt, de Renan, etc. A pretexto de ser fieles a la ciencia, negar desvergonzadamente a Dios, la Divina Providencia, que el alma es distinta del cuerpo, e inmaterial e inmortal; negar toda religión divina i verdadera; romper con las tradiciones del género humano i hasta con los instintos de las mas degradadas razas; esto es lo que hace M. Draper, no diré a sangre fría sino sin remordimiento. Tal profesión de fé atea i materialista se halla consignada a cada página del libro, consecuencia de su dogma fundamental: la *confesada imposibilidad de lo sobrenatural*; de modo que me ha escandalizado la hipocresía con que parece dejar abierta la puerta a una reconciliación entre el cristianismo i la ciencia.

Se lee en la página 262: “Se ha llegado, pues, a esta conclusión: que la ciencia i el cristianismo romano se reconocen *mutuamente* (¡qué calumnia!) como incompatibles; que no pueden existir juntos, que el uno debe ceder el lugar al otro, i que el género humano debe elejir. . . Hai insuperables obstáculos, imposibilidad tal vez, en la reconciliación del catolicismo con la ciencia, cosa que no sucede con el protestantismo. En cuanto al primero, se trata de vencer desde luego un rencor profundo, una antigua i mortal enemistad (¡qué mentira también!); en cuanto al segundo, no se trata sino de restablecer la antigua concordia turbada por la equivocación que ha hecho desconocer el derecho de interpretación del libro de las Escrituras cuando se opone al de la naturaleza.”

M. Draper ha condensado al fin de su obra, en pocas líneas, las causas del *abismo insuperable i que crece siempre entre el catolicismo i el espíritu del siglo* (páj. 259-260.)

“Cuando se pretende que abdique la ciencia delante de la iglesia, ¿no puede aquélla recordar a ésta el pasado? El conflicto tocante a la figura de la tierra i el lugar del cielo i del infierno se convirtió a su favor.—1. Decia que la tierra era plana i el cielo una bóveda sobre nuestras cabezas, i que con frecuencia se habia visto subir a seres privilegiados.—2. Demostrada la figura globular de la tierra por el viaje de Magallanes, se acogió a la preeminencia de nuestro planeta, sosteniendo que era éste el punto central del universo.—3. Desalojada de esta posicion, afirmó luego que la tierra era inmóvil, i que las estrellas i el sol son los que dan vuelta a su alrededor: la invencion del telescopio vino a convencerla de error.—4. Despues de esto pretendió que los movimientos de los astros están arreglados por una Providencia incesante. Los principios de Newton demostraron que lo son por una lei irresistible.—5. Habia sostenido siempre que la tierra habia sido creada hace seis mil años, lo mismo que los astros, i que el órden del universo con las plantas i los animales que pueblan la tierra habia sido arreglado en seis dias.—6. Forzada por la evidencia, concedió que estos seis dias podian ser períodos de duracion indefinida.—7. Tuvo necesidad de renunciar a los seis períodos lo mismo que a los seis dias, cuando se vió que las especies se habian formado lentamente en la primera edad, habian adquirido su perfeccion en la segunda i tambien lentamente habian desaparecido en la tercera. Los sacudimientos creadores de los seis períodos habian exigido, no solo una primera creacion, sino creaciones sucesivas.—8. La Iglesia contaba que habia habido un diluvio universal que cubrió la cima de las montañas mas altas i que las aguas se secaron por los vientos: las nociones exactas acerca del volúmen del mar i del de la atmósfera, así como el fenómeno de la evaporacion, pusieron en claro el valor de esta relacion.—9. La Iglesia decia que el hombre habia salido perfecto de manos del Creador i que habia dejenerado por el pecado: hoi ella anda buscando el modo de combatir los testimonios que surjen por todas partes relativos a la condicion salvaje del hombre prehistórico.”

Se trataba de una guerra exterminadora, de un bombardeo sin tregua: el majíster Draper debió colocar sus mejores cañones en batería; i ya se ve en lo que paró todo. El hechicero o adivino Balaam, que fué llamado para que maldijera, llega caballero en su asno i grita a su pesar a la Iglesia de Dios: “¡Qué bellos son tus tabernáculos, ¡oh Jacob! i tus tiendas, ¡oh Israel!”

En efecto, la vergonzosa debilidad de sus argumentos, es brillante triunfo para la Iglesia. Las Santas Escrituras, comunes a judíos i a protestantes, no la Iglesia, les han señalado esos pretendidos errores. La Iglesia, como tal, cuando habla, divinamen-

te inspirada, por la voz de un Concilio incontestablemente ecuménico, o por la del Soberano Pontífice *ex-cathedra*, no ha contestado ninguna verdad ni afirmado ninguno de esos errores. Hijos sumisos de la Iglesia, como Copérnico, el cardenal Cusa, etc., son, al contrario, quienes enseñaron dogmáticamente el doble movimiento de la tierra sobre su eje i alrededor del sol. Estas verdades sucesivamente controvertidas i dilucidadas, tenían tantos o mas partidarios en las filas del clero que en el seno de las universidades. La argumentacion de M. Draper es insensata e injusta; pero, apesar de esto, recorreremos cada uno de sus errores:

1.º *¡La tierra superficie plana!* La Santa Escritura la llama frecuentemente globo; el Libro de la Sabiduría dice que Dios le dió goznes i que él se asienta en su redondez: Job pregunta quién la fabricó a torno, i quién, cojiéndola por los dos polos, la sacude para hacer caer a los impíos: San Agustin admite la tierra globular i redonda; i Rafael, en sus cuadros de la creacion, la pinta siempre en forma de un inmenso globo redondo.

2.º *¡La preeminencia de nuestro planeta!* Nunca los libros santos la han comparado con los demas cuerpos celestes, ni la han exaltado a expensas de éstos. ¿No fué Francisco Arago quien, en su elogio de Bailly, maravillado de las conquistas de la ciencia humana, dijo: “Al lado de las obras maravillosas del espíritu, ¿qué importan la fragilidad i debilidad de nuestro cuerpo? ¿Qué importan las dimensiones del planeta que habitamos, de ese grano de arena en el cual nos fué dado nacer?” ¿Está seguro M. Draper de que se hayan hecho tan brillantes conquistas sobre otros astros?

3.º *¡La inmovilidad de la tierra!* Josué no la afirmó jamas; él habló el mismo lenguaje que hablan hoi hasta los sabios mas eminentes; i seria imposible inventar otro. La lei del movimiento relativo es la lei fundamental de la mecánica. I ademas, ¿qué tiene que hacer el telescopio en esta cuestion? M. Draper quiso hablar sin duda del jiroscopio.

4.º *¡La Providencia presidiendo al movimiento de los astros!* No haya miedo que M. Draper la destierre del gobierno del mundo. El Libro de la Sabiduría es el primero que habla de la circunvalacion de los abismos o conjunto de materia disociada, de la organizacion de los cuerpos celestes por el poder de cierta lei i por el movimiento jiratorio. Pero esta lei no es la de atraccion, en la cual no creia Newton ni nadie cree hoi: absurdo manifiesto que el mundo de los sabios ha tragado como agua hace doscientos años, i que M. Draper, sin embargo, tiene la candidez de declarar eterna i esencial.

5.º *¡La tierra creada hace seis mil años!* El Génesis la hace aparecer al principio del tiempo bajo la forma de abismo o conjunto de materia nebulosa. M. Draper confunde la creacion de la tierra con la creacion del hombre, que es, en efecto, reciente. San Pe-

dro dice de paso que aquélla fué formada lentamente en el seno del agua i por el agua. Moises la muestra poblándose de lo simple a lo compuesto en períodos sucesivos, llegando con el tiempo a su completo desarrollo.

6.º *Los seis dias, períodos sucesivos!* Es permitido creerlo i muchos lo han creído así. La opinion de que los dias del Génesis son dias solares, tiene hoy muchos partidarios: estos dias han empezado ántes del sol; i el sétimo dia que tuvo principio, no tiene fin hace seis mil años.

7.º *Creaciones sucesivas!* ¿Qué sabe de esto M. Draper? La cosmogonía de Moises es una evolucion maravillosa, i tan sabia, como es arriesgada la de Darwin e insensata la de Haeckel.

8.º *El diluvio universal.* Tocamos a él por la nacion judía, por Moises, por Noé: este es el hecho mas brillante de la historia del mundo. ¿Qué pueden contra la certidumbre de los hechos los pretendidos cálculos de M. Draper? ¿Sabe éste cuál era el sistema de las montañas del mundo en la época del diluvio? El levantamiento de los Alpes, de los Andes, de las cordilleras i del Himalaya, son recientes: jeólogos tan ilustres como M. Elías de Beaumont afirman que el hombre ha sido testigo i que el levantamiento puede haber sido la causa del diluvio. David hace surgir i saltar las montañas: "*Mota est terra. . . . Montes exultaverunt ut arietes;* la tierra se conmovió. . . . los montes saltaron como corderos."

9.º *La condicion salvaje del hombre!* Todo prueba que el hombre ha existido i existe en estado salvaje; pero todo prueba tambien que el estado salvaje no ha sido su condicion orijinaria; que decayó, pero despues de una época de primitiva civilizacion; que es imposible que el hombre salga por sí mismo de tal estado; que la civilizacion viene esencialmente de afuera; que ciertas tribus saben defenderse bastante por su salvajismo de toda impresion exterior para quedar en un estado de inmovilidad durante miles de años, como dice M. Ricardo Owen, quien saca de la inmovilidad de los andamanistas un argumento en favor de la antigüedad indefinida del jénero humano.

Ved, pues, a M. Draper desarmado. Pero sigamos, sin embargo, en este camino.

Preludió su bombardeo incendiario por un tiro de rebote cómico. "¿Cómo se podria reconocer un oráculo inspirado e infalible en las orillas del Tíber, cuando repetidas veces los papas se han contradicho mutuamente; cuando los papas han denunciado a los concilios i los concilios a los papas?" (¿Puede haber impudencia igual para hablar así de lo que se ignora! Tal es la costumbre de los libre-pensadores. ¿Dónde se vió nunca, jamas un Papa que haya, hablando solemnemente *ex-cáthedra*, sido juzgado o condenado por concilios regulares ecuménicos?) Cuando la Biblia de Sixto V contenia tantos errores, mas de dos mil, que sus propios autores se vieron forzados a suprimirla." (En lugar de dos mil,

M. Draper podria haber dicho treinta mil; ¡pero qué ignorancia i cuánta audacia transformar en errores culpables, variantes, yerros de copistas o de imprenta que consistian en puntos, comas, acentos, nombres propios, etc., los cuales han dado por resultado hacer mas patente la autenticidad i verdad absoluta de los libros santos!) “¿Cómo podrian mirar los hijos de la Iglesia como alusiones engañosas la esfericidad de la tierra, el movimiento de rotacion sobre su eje i su revolucion al rededor del sol? ¿Cómo podrian negar la existencia de los antípodas i de otros muchos planetas? ¿Cómo podrian quedar convencidos de que el universo habia sido creado de la nada, el mundo hecho en una semana i tal como existe hoi; que no se ha verificado cambio alguno, sino que todas sus partes han funcionado con tal indiferencia que ha sido necesaria la incesante intervencion de Dios para ponerlo en movimiento i conservarlo?” (No sé si es por falta del traductor, pues no tengo a mano el orijinal ingles, pero las interrogaciones son verdaderamente de un idiota.)

Creemos, i mas que M. Draper, en la esfericidad de la tierra, en su doble momento de rotacion i de traslacion, en los antípodas, en los otros mundos planetarios, habitables o nó, habitados o nó, no lo sabemos, pues no hemos ido allá; ni M. Draper tampoco.

Creemos en un sér necesario i por consiguiente eterno, infinito, omnipotente; pero nos resistimos a creer con M. Draper en la necesidad, en la eternidad irracional de un primer sér que puede tomar mil formas o dimensiones diferentes, sér animado de mil movimientos distintos, de entre los cuales no podia escojer ninguno ántes de existir.

Nuestro Sér necesario e infinito, ha podido crearlo todo; el sér contingente i finito, el protoplasma de M. Haeckel, no ha podido hacerse lo que es, ni ha podido obrar. El absurdo queda, pues, del lado de M. Draper.

Nada nos fuerza a admitir, lo que sin embargo seria posible al Dios eterno e infinito; nada nos fuerza a admitir que el mundo haya sido creado en una semana tal cual se halla hoi; i mui léjos de afirmar que no se ha producido ningun cambio, decimos, al contrario, con el grandioso lenguaje del Rei Profeta, bien diferente por cierto del estilo rastrero de la falsa ciencia: “En el principio tú, Señor, fundaste la tierra, i obras de tus manos son los cielos. Ellos se mudarán, mas, tú permaneces: i todos se envejecerán como un vestido. Mas tú el mismo eres i tus años no se acabarán i *los hijos de tus siervos habitarán contigo.*”

I en cuanto a la indiferencia de las partes de la tierra unas por otras, no estamos dispuestos a reemplazarlas por la atraccion universal, por amor newtoniano, palabra sin sentido, error monstruoso del que todos se avergüenzan hoi; sino que nosotros abandonamos sin temor el mundo solar i todos los mundos estelarios a la accion divina del impulso i movimiento que fueron

consecuencia providencial del *Fiat lux* solemnemente pronunciado por Dios.

Es evidente, de todo punto evidente, mas evidente que la luz, que el ataque brutal de M. Draper, que entró en campo cerrado armado con todas las armas de la ciencia revolucionada, no ha sido otra cosa sino el dardo enmohecido que no ha sabido ni podido herir: *Telum imbellis sine ictu*.

F. MOIGNO.

---

## LA PRIMAVERA.

---

Es fecunda en amores  
I es mensajera  
De brillantes colores  
La primavera;  
Ella restaura  
Las perfumadas flores  
Que besa el aura.

Viste el monte sus faldas  
De verdes hojas,  
De arbustos i guirnaldas  
I flores rojas,  
I sus follajes  
Parecen de esmeralda  
Ricos encajes.

Sus ondas, clara fuente  
Tiende serena  
Por reflejar la frente  
De flor amena,  
I alegre trina  
Al rizar su corriente  
La golondrina.

De rocío las perlas  
Caen de noche  
En la flor que por verlas

Abre su broche,  
I con delicia  
El aura, por beberlas,  
Las acaricia.

Entre copos de grana  
I encajes de oro,  
De luz la aurora ufana  
Luce un tesoro,  
Luz esplendente  
Que del Ande engalana  
La altiva frente.

Por jardines que riegan  
Fuentes de amores,  
Enamorados juegan  
Los picafleres;  
I allá en las rosas  
Sus alas de oro plegan  
Las mariposas.

Los cielos son risueños  
I transparentes,  
Puros como los sueños  
Mas inocentes,  
I el aura leda  
Sus suspiros de ausentes  
Blanda remeda.

Perfumes son las flores,  
Música el viento,  
Admiracion i amores  
Mi pensamiento.  
¡Ah! quién pudiera  
Contemplar tus primores  
La vida entera!

Con la dulce pureza  
De tu perfume,  
Olvido la tristeza  
Que me consume,  
I me imagino  
Que igual a tu grandeza  
Es mi destino.

Estacion hechicera,  
Lluvia de flores,

Divina mensajera  
De los primores,  
Dulce ventura  
Nos traes placentera  
Con tu hermosura.

A tu influjo revive  
Naturaleza  
Porque de tí recibe  
Nueva pureza.  
Gloria a tu encanto,  
Reina de la belleza,  
Que adoro tanto!

Gloria a tu encanto que anhelante adoro,  
Imájen fiel de juventud querida,  
Tu florido ropaje es un tesoro  
Do entre perfumes el pesar se olvida.  
Al ver saltar el manantial sonoro  
A mi alma vuelve la ilusion perdida,  
E imagino mirar en la distancia  
El cuadro hermoso de mi tierna infancia.

Al ver los bosques de fragante aroma  
Do cuaja el fruto sus sabores ricos,  
Con sus ramos formar a la paloma  
Pintados i agradables abanicos;  
I al ver del Ande la gigante loma  
Alzar al cielo sus nevados picos,  
En relijiosa admiracion i en calma  
A Dios bendice reverente el alma.

Como alhajada i réjia soberana  
Cubierta en chal de vaporoso encaje,  
Bello es mirar al sol en la mañana  
Entre nubes dorar verde fiollaje;  
I luego en iris convertir la ufana  
Bullidora cascada del paisaje,  
Que brinda perlas a las frescas flores  
Que liban los brillantes picaflores.

Al ver cruzar la bienhechora luna  
Bajo el azul de májicos primores,  
Creo mirar de mi fugaz fortuna  
Frescas las ya descoloridas flores;  
I me parece ver junto a mi cuna  
Al castísimo amor de mis amores,

La dulce madre que veló mi sueño  
Por mí rogando con ferviente empeño.

I constantes fijándose en mis ojos  
Los suyos creo ver, i sentir luego  
El casto beso de sus labios rojos.  
Mas ¡ai! en vano el pensamiento entrego  
A juzgarme feliz, cuando de abrojos  
Llena mi vida está, i, en vano ruego,  
Partido el pecho de fatal quebranto,  
Vuelvan las horas que lamento tanto.

¡Oh! que dichoso si el mortal pudiera,  
Tras el dolor de rudos desengaños,  
Sentir tornar con su ilusion primera  
De inocencia infantil dulces engaños.  
Sí, bien dichoso, si en su afan sintiera,  
Tras la experiencia de ajitados años,  
Tornar de nuevo la brillante aurora  
De la infancia feliz que el alma llora.

Mas ¡ai! siguiendo su carrera ímpia  
Rápido el tiempo tempestuoso avanza,  
Rompiendo aquí la anjélica alegría,  
Tronchando allá la flor de la esperanza,  
I sembrando la cruel melancolía  
Que es el iris fatal de su bonanza,  
¡Bonanza cruel que arranca por tributo  
Lágrimas de pesar i triste luto!

I así cual morirán tus frescas flores  
Al rudo golpe de Aquilon airado,  
Como al peso fatal de los rigores  
Con que implacable nos derriba el hado,  
De mi cándida infancia los albores  
Cual destello fugaz se han disipado;  
¡Así tambien por el dolor herido  
Morirá tu cantor en el olvido!

Mas cuando vuelvas, primavera hermosa,  
De ricas flores tapizando el suelo,  
Deja en mi triste i solitaria fosa  
La mas jentil que te regale el cielo;  
Puede que al ver su gracia primorosa  
El viajero feliz, para consuelo  
Del alma mia, hasta mi tumba llegue  
I allí, por ella, de rodillas ruegue.

1870.

ROSENDO CARRASCO.

## UN HOMBRE RELEGADO AL OLVIDO.

---

Los hombres se suceden en el mundo como las hojas en el árbol. Estas, verdes i lozanas, son una de las galas de la primavera; se ajitan risueñas a impulso del viento, brillan bajo los rayos del sol i con la palidez de la muerte abandonan mas tarde los ganchos que las sustentaban.

Allí llegan a su término las gracias i las ilusiones de la juventud, esa primavera de la vida humana; así va desapareciendo la memoria de las jeneraciones que pisan la tierra i de las cuales recibe ésta los despojos.

Empero, cuantas veces la mano del hombre que contempla con atencion las galas de la naturaleza, que repasa una a una sus maravillas i admira la infinita sabiduría de las leyes que la rijen, cuántas veces, digo, esa mano recoge, aquí una yerbecita, toma de allá una ramita para guardarlas cuidadosamente entre blancas hojas de papel, donde serán objeto de un atento estudio, de una detenida observacion. De este modo la yerbecita del valle, la ramita arrancada del árbol del verjel se preservan por algun tiempo de la destruccion que en tanto sufren sus coetáneas.

Así tambien algunos hombres no se pierden del todo en el polvo del sepulcro, habiendo quienes recuerden a sus hermanos lo que fueron i les cuenten sus acciones.

Hai cierta analogía entre los afanes del naturalista i los del biógrafo, entre el herbario de aquél i los escritos de éste. Aquél i éste recojen lo que la jeneralidad de los hombres miran con desden i estudian con cariño lo que ignoran muchos.

La planta del jardin i la del prado, la que crece al abrigo del bosque i la que produce el yermo, son dignas de la misma atencion para el que fija sus estudios en la naturaleza. El hombre de una raza i el de otra, el de vida turbulenta i el de vida tranquila, el que la consagra a la ciencia i el que la destina a las letras, el alto majistrado i el ciudadano modesto, en fin, pueden igualmente ser merecedores de la atencion del que, historiando las obras de unos, ofrece a los otros pasajes edificantes, reglas de conducta laudables i a las veces la condenacion severa de los que no obraron guiados por los preceptos de la justicia i de la virtud.

Como el naturalista que marcha a rejiones apartadas en busca del objeto que anhela estudiar, voi a trasladarme a tiempos lejanos para recoger en ellos la memoria de un hombre acreedor a tal distincion.

Pero no es al hombre opulento ni al que vivió observado por todos en encumbrado puesto a quien vaya a considerar en este escrito. Ninguno de los que se dignen leerlo habrá oído pronunciar seguramente el nombre que aquí estamparé. Nombre del pasado, en él fué por algunos respetado i despues por todos olvidado.

No faltan quienes conceptúen de escasísimo o de ningun valer la relacion de los hechos que forman la vida de un fraile. Un jeneral que mil veces ensangrentó su espada en las asonadas i en las batallas, un político que causó la zozobra de un pueblo entero, un mandatario que hizo prorrumpir en jemidos a unos i en imprecaciones a otros, son personajes siempre dignos del biógrafo de Queronea. Un hombre que de preferencia atendió a enjugar lágrimas i a separar a cuantos hermanos pudo de los formidables brazos del vicio, es siempre un hombre secundario, de escasos méritos, que si es menester recordarlo hoi, se olvida mañana.

No pienso así yo, porque prefiero ir guiado por un espíritu de recta justicia, dando a cada cual lo que le corresponda, sin defraudar a nadie de la gloria que se conquistara ni de los merecimientos con que se presente ante el recuerdo de la posteridad.

Escasos son los recuerdos que han quedado de un relijioso de esta tierra llamado frai Juan de Dios Larraburu, pero ellos bastan para conocer el temple de su espíritu, las bondades de su corazon i el bien que practicó.

Llevó el hábito de aquella órden militar establecida en España en los tiempos de don Jaime el conquistador, ese hábito que con su color de azucena i de lirio simboliza la pureza de la Virgen Madre.

Instituto creado con el fin siempre grandioso de ejercer la caridad, las mazmorras demandaron una asídua asistencia a los que la profesaron.

Miembros de este instituto fueron los primeros regulares que pisaron el suelo de Chile, viniendo entre los individuos que componian la expedicion del capitan extremeño don Pedro de Valdivia. Ellos asistieron a la conquista i el tiempo en su carrera habia de dar a Chile otros mercenarios que contribuyeran al establecimiento de la república.

En efecto, el relijioso acaso mas conspicuo de la revolucion que desbarató el dominio de la España en nuestro suelo, fué el mercenario frai Joaquin Larrain. Patriotas como él fueron sus hermanos de relijion frai Miguel de Ovalle i frai Joaquin Jaraquemada. I a estos nombres debo agregar el del padre Juan de Dios Larraburu.

Nacido en tiempo oportuno para ver espirar la éra de sus mayores, rindió al lado de sus hermanos, a la causa de la independencia, sus importantes servicios. Si no servicios activos i fatigosos, otros muchos estaban reservados a los que debian conformar sus acciones con su estado relijioso.

Empero, no fué extraño por entónces ver salvar estos límites i precipitarse sin reparo alguno en el campo de las empresas decididas i de los afanes que hacen olvidar la circunspeccion monástica. Mas, en la segunda o postrera parte de la existencia del padre Larraburu, se ve campear de tal suerte la modestia i la dulce mansedumbre, que poderosamente inclina esto a creer en la rectitud de su proceder durante las efervescencias de los primeros años de la revolucion.

En el mes de marzo de 1818 llegó a Santiago una noticia fatal, que sobrecojia de espanto a cuantos la escuchaban: el ejército nacional habia sido desconcertado por una sorpresa en un lugar ya ántes desgraciado para los defensores de la independencia.

El recuerdo de la postrimera dominacion de los realistas estaba mui vivo en la mente de cada chileno, lo que de pronto obligó a algunos a tratar de ponerse a salvo de nuevas tribulaciones.

Vióse entónces a un fraile seguir la ruta de Santa Rosa, tirando del cabestro a una mula en que conducia su pobre equipaje. Este era Larraburu que, como a otros, lo ponian en marcha los temores infundidos por la nueva del descalabro de Cancha Rayada. Paréceme excusado decir que el término que señalara a su viaje se hallaba al otro lado de los Andes, en el territorio de la República del Plata.

Su partida quizás fué como la del pobre peregrino que marcha confiado en la proteccion que le deparen aquellos que encuentre a su paso. Humilde, seguia la ruta de la emigracion, conduciendo por sí mismo la mula que acaso cargaba cuanto poseia.

Habiendo llegado al pueblo de Santa Rosa, escuchó una noticia que debia cambiar su determinacion: el ejército disperso i desconcertado se encontraba reorganizado.

Sin abrigar esperanzas, considerando a la patria de nuevo subyugada, queria salir de sus límites; mas ahora que sus hermanos iban a hacer un esfuerzo supremo por afianzar sin mas demora su libertad ¿separaria su suerte de la de ellos? La victoria talvez no coronaria ese grandioso esfuerzo i en tal emergencia ¿aguardaria léjos del campo de los sucesos el resultado definitivo de éstos?

No vaciló. Volvió sin demora al lugar de que habia partido. ¡I cuánta nobleza de sentimientos i cuán acendrado patriotismo manifiesta este solo acto!

No vino a Santiago a proseguir entre tanto la vida claustral, sino que a empezar una nueva en el campamento mismo del ejército nacional. Así, pues, ofreció sus servicios al jeneral en jefe, animado del heróico propósito de unir su suerte a la del ejército.

Consolador debe ser para el soldado que se halla faz a faz con el enemigo, que no sabe si en un momento o en otro la agonía

embargará su pecho, escuchar el acento solemne del sacerdote que preconiza la santidad de la causa que defiende, que lo alienta en el peligro i que con él va a compartir la suerte de la jornada. Tal fué la mision de aquel relijioso en el campamento de Maipo.

En seguida presenció la mas gloriosa batalla campal que se rejistra en nuestros anales, i recibió, en premio a sus servicios, la condecoracion que llevaron en su pecho los vencedores.

Mas tarde, al aproximarse la primavera de 1820, la escuadra chilena se hacia a la vela de la rada de Valparaiso con destino al Perú, conduciendo a aquellas costas al ejército que puso término a la larga cronolojía de los vireyes. En uno de los buques que la componian iba el mismo mercenario, que, como ángel de consuelo i no de exterminio, habia recorrido las filas en el campo de Maipo. Su destino era el de capellan de un batallon, que le fué confiado dos meses ántes de la partida.

Allá cumplió dignamente su mision a costa de un considerable menoscabo de la salud. Los trabajos, los desvelos i quizás mas que esto, el clima de las rejiones tropicales, lo privaron de aquel bien, tanto mas estimable cuanto mas léjos se está de los lares queridos. Forzosamente tuvo que separarse de su cargo para buscar de pronto alivio a sus males en el descanso.

Se ausentó del ejército honrosamente, así como podia haberlo hecho el mas pundonoroso veterano. Al otorgarle su retiro, en 30 de noviembre de 1821, el vencedor de Maipo, entónces pretector del Perú, don José de San Martin, lo hizo sin suspenderle el fuero respectivo i presentándole una medalla de oro en recompensa a sus trabajos.

¡Cuántas son las inconsecuencias del mundo! ¡El hombre así honrado por un capitan poderoso quedaba a riesgo de sucumbir de miseria!

Fueros, condecoraciones, expresiones de gracias i cuanto estimula la vanidad, se habia brindado a este hombre, sin proteger ni con un solo óbolo su subsistencia. En suma: al separarse del ejército quedó absolutamente privado de recursos i atormentado por las dolencias.

El seno de aquella república fecunda se presentaba ante sus ojos como la desamparada soledad para los padres del yermo. Cual ellos solo podia confiar en la Providencia.

Un sér de esa raza desgraciada que ha arrastrado la ominosa cadena de la esclavitud, un negro, digo, fué para él lo que ántes eran ciertas aves misteriosas para los santos varones del desierto. En su desamparo i en sus dolores, el negro fué su protector; le socorria dia a dia, llevándole caritativamente el sustento de que carecia.

Tales obras debieron avergonzar a los que, negando impíamente la unidad de la especie humana, no quieren ver en cada negro

un hermano. Las obras de éstos son mas elocuentes que las teorías de aquellos i por sí solas las refutan victoriosamente.

Mas bella es la intelijencia del negro que llora con el aflijido i parte su pan con el habriento de otra raza, que la del que engreído por su saber deprime sin compasion a una porcion del jénero humano. Mas acatado que aquellas teorías será siempre el dogma de la unidad de nuestra especie, mas admiracion arrancará la caridad cristiana, mas vivos resplandores producirá la cruz, que cuantas enseñanzas imparta a los cuatro vientos el que se intitule sabio de la tierra!

Despues de esta consideracion, tócale su turno a otra que, como ella, se desprende del mismo hecho.

Talvez parecerá increíble el desamparo del padre Larraburu en el suelo de los antiguos deificadores del sol. Retenido ahí por sus dolencias que lo privaban de alientos para emprender su vuelta a Chile, debió permanecer distante de sus amigos del ejército, quienes no es posible presumir que se hubiesen excusado de subvenir a sus necesidades. A mas no existe razon alguna para dudar de la exactitud de lo referido. Tal fué su destino en el Perú. Cuando pudo abandonarlo, lo haria indudablemente bendiciendo de todo corazon a aquel que con él habia compartido el sustento de cada dia.

A Chile trajo el recuerdo de sus miserias i el de su noble protector, i aquí daba expansion a la gratitud, refiriendo el bien que habia recibido de éste. ¡Digno homenaje de un buen corazon!

Eran dias de pesar para el clero regular, particularmente los que corrian a su llegada, i por entónces él, como muchos, ingresó al secular.

Siendo teniente a poco del cura de Rio Claro, se le ofreció un ascenso, encomendándole el servicio de una parroquia, proposicion que no aceptó, dando por motivo de ello la pobreza que affijia a los campos.

Habia en este hombre un gran fondo de caridad que lo hizo recomendable a los que le conocieron i que le granjeó el aprecio de sus superiores. Al ofrecérsele el desempeño de una parroquia rural, se tenian en consideracion sus particulares méritos, méritos no ostensibles porque no buscaba para ellos un galardón en el mundo.

Su corazon sensible se condolía, pues, vivamente al considerar la indijencia de los campeños i labriegos despues de una larga lucha i en medio de las zozobras i affixiones que por donde quiera suscitaba el bandalaje. Vivir a expensa de los derechos parroquiales en tales circunstancias, era una idea mortificante para su espíritu i decididamente rehusó la colocacion que se le proponia.

A la sensibilidad de su corazon, la virtud que mas perceptiblemente se descubria en él, se agregaba un espíritu poco animoso i sin ambicion alguna. Aquella podia ser ya la obra del tiem-

po, pero esta fué una calidad apreciable que ningun acto desdice i que complementa su virtud mas descollante.

Piadoso, desinteresado i prudente, para bien de muchos, no lo dudo, i acrisolacion de sus propias virtudes, se le dió una colocacion mui conforme con su carácter e inclinaciones, cual fué la de capellan de un hospital.

Como mercenario habia contribuido a la redencion de la Patria, faltaba que, como el santo de su nombre, contribuyese al alivio de sus semejantes en el hospital.

El hospital, casa de misericordia i escuela de rejeneracion, presenta a cada hora oportunidad de considerar los dolores de la humanidad i de practicar alguna buena obra. A él fué don Juan de Dios Larraburu a poner remate a la carrera de su vida, coronándola así gloriosamente.

¿Qué mas podia anhelar? Tenia asegurada su subsistencia, satisfechas sus necesidades, sin duda mui limitadas, i aquel establecimiento, a mas de subvenir a esto, proporcionaba a su alma el consuelo incomparable de recibir en sus brazos a los que sufrían, de dar consejos salvadores junto a la almohada del convaleciente i de sentarse al lado del lecho de la muerte a encomendar piadoso al espíritu en su partida.

Pobre habia llegado al hospital, para vivir pobre entre los pobres. Esta condicion i su mucha misericordia i mansedumbre lo asemejaban al santo ilustre, cuyo nombre recibió.

Sin bienes que distrajeran su atencion del fin primordial a que la consagraba, dotado de un corazon puro, teniendo constantemente delante de sus ojos el trance de la muerte caminaba a él con paso seguro i con alma tranquila.

Las últimas labores de su vida eran una preparacion tan santa como dilatada para la muerte.

Espiró por los años de 1834, sin haber abandonado el servicio de los pobres, cual aquel insigne sabio de Priene i uno de los siete de la Grecia, que cerró dulcemente sus ojos en el Senado despues haber hecho una defensa justa.

Larraburu que no se mostró en cargos prominentes ni su nombre lo ligó a mil acontecimientos de la época en que le cupo vivir, dejó por eso de merecer nuestra atencion su memoria.

¡I cuántas veces es mas grato i provechoso recorrer la vida del ciudadano humilde que la del majistrado poderoso!

Cumplió fielmente su mision, llenando sus deberes de chileno i sus deberes de cristiano, amando a sus prójimos i sabiendo sacrificarse en servicio de ellos.

Descansan sus cenizas en tumba ignorada i su memoria se halla entregada al olvido. ¡No obsta esto ni aquello para la satisfaccion de las aspiraciones de su vida, que fueron las de alcanzar el cielo!

Santiago, enero 27 de 1876.

LUIS FRANCISCO PRIETO DEL RIO.

## LA BARCA DE MI DICHA.

(A J. V. G.)

Entre riberas verdes,  
En sus cristales limpios,  
El azulado cielo  
Va reflejando el rio.

Allá en el bosque ocultos  
Regalan el oido,  
Mil cantores alados  
Con sus alegres trinos.

Esparce las aromas  
El manso cefirillo,  
Que a las amantes flores  
Arrebató lascivo;

I hácia la mar impele  
Con soplo blando i tibio,  
Mi lijera barquilla  
Sobre el rio dormido.

Tú el timon gobernando,  
Que solo a tí confío,  
Con mano cuidadosa  
Evitas los peligros;

En tanto que inocente,  
En lánguido deliquio,  
Sobre mi pecho apoya  
Su frente el amor mio.

¡I cuéntanme mi dicha  
Sus cándidos latidos!  
¡I dícenme “yo te amo”  
Sus tímidos suspiros!

I al ver de nuestras almas  
El íntimo cariño,  
A mi adorada madre  
Que nos sonrie miro,

Que va tejiendo flores,  
Con maternal ahinco,  
De mi hechicera amada  
Entre los blandos rizos.

¿Qué mas anhelar puedo?  
¿Qué dichas mas codicio?  
¡Dichoso, sí, dichoso  
Mi májico destino!

¿Qué importa que resuene  
Terrífico el rujido,  
En medio de las ondas,  
Del escollo bravío?

¡Sus furias burlaremos  
Serenos, caro amigo,  
Unidas nuestras almas,  
Nuestros brazos unidos!....

---

Así venturas forja  
Mi loco desvarío,  
I gozo en las quimeras  
Que yo propio me finjo.

¡Mas ¡ai! son ilusiones  
Que se huyen de improviso!  
¡Son de mi ardiente pecho  
Juveniles delirios!

R. LARRAIN C.



## SONETO.

---

—¡Bravo! ¡Mui bien! ¡Sublime! ¡Esto es grandioso!  
Entusiasmado el público exclamaba  
En el teatro i el éco prolongaba  
Aquel aplauso unánime, estruendoso.

Cayó el telon; i oculto el engañoso  
Escenario, el concurso abandonaba  
Sus asientos i aquí i allá poblaba  
El corredor, el patio i el hermoso

Vestíbulo; i en mil variados tonos  
Ensalzaba al autor de la comedia  
I al intérprete de ella alzaba tronos.

—¡Inclito actor! ¿verdad don Casimiro?  
—Sí, señor; mas ya son las diez i media  
I como estoi enfermo me retiro.

--Tengo que madrugar, otro decia,  
I me voi porque es tarde. I así muchos.  
¡Cuán breve instante dura la alegría!

Santiago, abril de 1875.

JOAQUIN MARTINEZ RUIZ.

---

Para ser justamente apreciada la composicioncita que damos en seguida, no basta leer sus estrofas llenas de ternura e inocencia: fuerza es tener presente que son compuestas por una niña *de once años* i que es una inspiracion completamente espontánea de su alma, encarnacion del candor i la intelijencia, precozmente hermanados en ella.

La fluidez i armonía intachables del verso i los pensamientos, son dignos a todas luces de una intelijencia completamente desarrollada.

Juzguen los lectores:

## A LOS PIES DE LA VIRJEN DE LAS MERCEDES.

Vírjen de Dios, Vírjen santa,  
Faro del bien que me guía,  
Dame amparo Madre mia,  
Porque me siento morir.  
Mírame aquí desolada,  
Recoje mi triste llanto  
I tu que has sufrido tanto  
Díme cómo he de sufrir.

¿No ves? mis lágrimas corren  
Por mi mejilla rosada.  
¡Tan niña, tan desgraciada!  
Dúelete de mi dolor,  
I si este mi acento triste  
Logra alzarse hasta tu oído,  
Concede a mi frente olvido  
O devuélveme a mi amor.

Mira al mar, sus crespas olas  
A mi padre se llevaron  
I huérfana me dejaron  
Sin amparo en mi afliccion;  
Ni una sombra de aquel buque  
Ni en lontananza una vela,  
No queda mas que su estela  
Dentro de mi corazón.

Vírjen de Dios, Vírjen santa  
Dame tu amparo divino,  
Devuélveme al peregrino  
Que mi dicha lleva en sí,  
I si mi triste demanda  
Llegar no puede a tu cielo,  
Que no me llamen Consuelo  
Que consuelo no hai en mí.

CONSUELO PARERA.



## EL HOMBRE FELIZ.

(CUENTO.)

---

Después de un opíparo almuerzo, disputaban tres amigos de sobremesa, sobre la existencia de la felicidad.

—La felicidad, tras de la cual todos corren desolados, sin poderla asir jamás, es un mito, es una ilusión, decía Ramon, uno de nuestros personajes.

I al expresarme así no creais que lo haga movido por alguna idea estafalaria, ¡nó! ¡La felicidad no existe! I si dudais de mis palabras, sin ir muy lejos, sin abandonar esta sala, hallareis un ejemplo palpable de lo que os digo. Como vosotros lo sabeis muy bien, soy poseedor de una inmensa fortuna. Pues bien: apesar de esto, de no carecer de nada, de poseer cuanto puede hacer la felicidad de muchísimas familias, como dicen algunos, les confieso a Uds., con entera franqueza, mis buenos amigos, que no me considero completamente feliz.

—¿I quién se puede jactar de serlo? saltó Pablo, otro [de nuestros personajes.

—Poco a poco, caballeros, observó Manuel, nuestro tercer personaje, entrando en escena. Por lo que acaban Uds. de decir, veo que se han formado una idea muy distinta de lo que es aquella, en realidad. ¿Quereis decirme, Pablo, en qué consiste la felicidad? preguntó al que habia interrumpido.

—Páreceme, contestó éste, que aquella, como su nombre lo indica, es una serie continuada de prósperos sucesos que elevan a mucha altura al que le toca en suerte.

—¡Error! ¡lamentable error! exclamó Manuel, muy animado. ¿Cómo quereis ¡por Dios! que sea una serie de prósperos sucesos, cuando no hai nada inmutable sobre la tierra?

Siendo esto así, fuerza es que la felicidad lo sea tambien, porque de lo contrario, hasta ella misma se nos haria insoportable.

¿Cómo conoceria, además, el hombre que era feliz, si la desgracia no le hiciera sentir de tiempo en tiempo su presencia?

Desengañaos, amigos míos, la felicidad no consiste en eso.

La felicidad es algo que no se puede definir, pero que no es el dote de un solo hombre, o de muchos hombres, segun de las palabras de Pablo se desprende, sino que es comun a todos, pu-

diendo cada cual proporcionarse la que le es dado disfrutar mediante el exacto cumplimiento de sus deberes.

Con injenua franqueza nos ha confesado Ramon, que apesar de sus riquezas no se considera feliz. Voi a permitirme, a título de amigo, interrogarle un poco para ver si descubro las causas que a ello se oponen.

—Puedes preguntarme lo que gustes, respondió el interpelado.

—Voi a hacerlo. ¿Has experimentado alguna vez el deseo de poseer un objeto cualquiera, sin que al instante se haya visto aquél satisfecho?

—Nunca, Manuel. En viendo una cosa que me agrada, me basta solo indicarlo para poseerla.

—Pues hijo: hé aquí que a la primera pregunta doi con una de las causas que mas contribuyen a tu malestar.

Si el hombre ve realizados hasta el menor de sus caprichos, disfruta de todas las comodidades posibles i ve que nada hai, en fin, que no esté al alcance de su mano, i se considera feliz, sí, pero por breve tiempo, porque el hastío no tardará mucho en apoderarse de él.

—Es precisamente lo que a mí me sucede, exclamó Ramon, admirado de la penetracion de su amigo. I continuó: Mas, ya que con tan exquisito tino has puesto el dedo en la llaga, espero no serás ménos feliz en la eleccion del remedio.

—La pobreza, a quien todos miran con espanto, como si fuera mal pegadizo u oríjen de todos los vicios, ha sido mi maestra, prosiguió diciendo Manuel. Pobres, pero honrados fueron mis padres; i su pobreza, junto con su honradez, heredó el único hijo que tuvieron, que fuí yo. Por ella tengo que imponerme crueles privaciones apesar de mi trabajo, que solo me permite satisfacer mis necesidades mas urgentes, pero... de ello no me quejo; estoi mui contento con mi suerte.

—Me admira tu conformidad, Manuel, dijo Pablo. Colocado en tu lugar, trabajo me costaria el resignarme con mi estado.

—Peor seria el desesperarse por lo que no tiene remedio, agregó Manuel. Como no depende de nuestra voluntad el nacer en una posicion elevada o humilde, síguese de esto que no debemos avergonzarnos de ello, ántes bien trabajar con anhelo por procurarnos una mejor que la en que la Providencia nos colocara al nacer. Pero veo, añadió, que nos hemos apartado insensiblemente de nuestro objeto. Volvamos, pues, a él.

El remedio que te voi a indicar, Ramon, lo he ensayado repetidas veces en mí mismo i siempre con el mejor éxito, por lo que te recomiendo lo pongas en práctica, seguro que presto conocerás sus saludables efectos.

—Impaciente estoi por conocerlo, replicó Ramon. Te suplico, pues, que cuanto ántes me lo manifiestes.

—Sucédeme a veces desear con gran vehemencia, prosiguió Manuel, ya sea la posesion de un objeto cualquiera que me llena

el ojo, ya el asistir a algun paseo o funcion teatral. En lugar de darle gusto a un individuo satisfaciendo sus deseos, tomo a tarea el contrariarlo, no comprendo la cosa que me agrada, ni asistiendo a paseos o al teatro, aunque para ello no exista el menor obstáculo, ni tenga que imponerme gravámen alguno. Procediendo así, he conseguido poner a raya mis deseos: ser, en una palabra, dueño mí mismo.

—Has conseguido un imposible, mi buen Manuel, lo que yo talvez no podré conseguir jamas, observó Ramon.

—No desconfies del éxito, si pones, caro amigo, de tu parte los medios que para conseguirlo se requiere.

Grande, poderoso esfuerzo tendrás que hacer al principio para no darte gusto en todo, pudiendo hacerlo sin sacrificio alguno de tu parte; mas, te acostumbrarás en breve a dominarte i el hastío i la saciedad que ahora experimentas, desaparecerian entónces por completo.

—Te doi mi palabra de seguir puntualmente tus consejos, dijo Ramon.

—Otra de las causas que contribuyen poderosamente a nuestro bienestar, es el socorrer a los desgraciados, continuó Manuel. De mí sé decirte que jamas experimenté placer mas puro que cuando pude aliviar la suerte de algun prójimo.

En ese sentido, tú, Ramon, debes haber socorrido a muchos, por lo que juzgo que grande debe ser tambien tu satisfaccion.

—No te negaré que he socorrido con mano pródiga a un sin número de personas i que al hacerlo he experimentado vivísima satisfaccion; pero, desgraciadamente, Manuel, ella ha ido disminuyendo de dia en dia, hasta el extremo de que casi me arrepiento ahora de haber procedido como lo hiciera.

—¡Oh! ¡nó! ¡nó! no digas eso, Ramon, le interrumpió Manuel vivamente. Jamas debe el hombre arrepentirse de haber obrado el bien, aun cuando las personas a quienes haya obligado mas, hayan desconocido al parecer sus beneficios. I digo al parecer, porque es imposible que lleguen a olvidar nunca al hombre que, con mano jenerosa, sus necesidades socorriera.

Sé mui bien que existen en el mundo seres que corresponden con negra ingratitud los mayores beneficios que reciben, pero esos tales son mui raros i por su causa no debemos privarnos de hacer el bien.

—Bella i buena es tu doctrina, Manuel, como que es al fin la del Crucificado, le respondió su amigo; pero ¿sabes tú lo que a uno le sucede cuando ve desconocidos, no una, sino cien veces sus beneficios? Te lo voi a indicar aun cuando te supongo mui bien enterado de ello.

La sensibilidad, que algunos llaman exquisito perfume, se embota por completo, i el corazon, que es su asiento, cruelmente torturado tantas i tan repetidas veces, acaba por volverse insensible

a la desgracia ajena, o lo que es lo mismo, se vuelve uno misántropo.

—¡Pierde cuidado, que a tí no te sucederá eso jamas! le dijo Manuel sonriendo.

—Bien puede ser; pero créeme, Manuel, el desaliento me va ya ganando.

—Escúcha, Ramon, le interrumpió su amigo: cuando hagas algun beneficio, olvídalo por completo, cuenta que aquel a quien se lo haces no pertenece al número de los vivientes, procurando suene en tu oído su nombre como el de extraña persona i te aseguro que volverás a experimentar la misma dulce satisfaccion de otro tiempo.

—Voluntariamente te dí palabra de seguir tu primer consejo, i voluntariamente me comprometo ahora a seguir tambien el que me das, le contestó su amigo.

—Pues bien: en pago de esa docilidad i sumision, mui rara en un jóven mimado de la fortuna como tú, me voi a permitir leerte un libro que traigo conmigo, por estarlo leyendo en la actualidad. Es la historia de un íntimo amigo mio que hace poco que murió. En su testamento ordenó se me entregara un legajo de papeles que contenian varios apuntes.

Entre ellos he hallado la historia que vais a oír i que, por lo que hasta ahora llevo leído, juzgo tiene estrecha relacion con lo que hablamos poco ha.

I sacando Manuel un bien poco abultado cuaderno del bolsillo, empezó a leer en alta voz:

DE LOS INCONVENIENTES QUE TRAE CONSIGO UNA GRAN RIQUEZA O UNA  
POBREZA EXTREMADA.

I.

Hé aquí, lector amado, el fiel relato de la vida de un pobre hombre, que no por serlo, dejó de considerarse el hombre feliz.

Nacido en noble cuna e hijo de padres que nada omitieron por darme una educacion brillante, halléme a los veinticinco años de edad, dueño absoluto de mis acciones por muerte de aquéllos, i poseedor ademas de una inmensa fortuna.

En esa dichosa edad en que todo se reviste de los mas risueños colores, como que aun no han marchitado los desengaños las ilusiones de la infancia, vime lanzado de improviso en el torbellino del mundo.

Desde el primer dia, i como por encanto, se llenó mi casa de multitud de personas que se llamaban mis amigos, sin conocerme.

Partidarios todos, yo el primero, del buen vivir i de reuniones i tertulias, parecia que el placer hubiera establecido en ella su morada, pues se sucedian sin interrupcion las fiestas unas a otras.

A ellas acudia lo mas distinguido de las personas del lugar.

Si salia de paseo, lo que sucedia con frecuencia, numerosa cohorte de amigos me acompañaba i solia ver a menudo detenerse a las jentes que me encontraba al paso, i exclamar, señalándome con el dedo: “Ahí va el millonario don Fulano i su séquito.”

Solicitábase mi amistad con grande ahinco, estimándose todos mui dichosos de poseerla porque mi desinterés i jenerosidad eran proverbiales.

Con esto, veníame el tiempo escaso para leer el sinnúmero de cartas que diariamente me dirijian de todas partes, multitud de personas desvalidas, implorando mi proteccion.

A juzgar por el crecidísimo número de ellas, cualquiera hubiera creido que se habian dado cita, en aquel lugar, todos los pobres del mundo.

I era que nadie acudia a mí en solicitud de una limosna, sin que fuera en el acto servido; ninguna lágrima se vertia en mi presencia, sin que fuera enjugada al momento; ningun pesar que agobiara a algun prójimo, que mui presto no disipara.

Con la sonrisa en los labios, con amabilidad suma, era recibido a cualquier parte que fuera, creyéndoseme un partido ventajoso; i bastábame solo dirijirme por primera vez a una jóven para que luego se hiciesen a un lado i abandonasen el campo sus mas decididos partidarios i amigos.

A la mas leve indicacion que hiciera, si deseaba obtener alguna cosa, apresurábanse todos a complacerme.

—¡Hombre! ¡qué cosa tan particular! exclamó Ramon a tiempo interrumpiendo la lectura que habia escuchado con profunda atencion hasta entónces. ¡Si me parece que estoi oyendo leer mi propia historia!

—¡Tanto mejor! se apresuró a responder Manuel. Así podrás aprovecharte de las lecciones que ella encierre, que presumo no han de ser pocas.

—¡Adelante! lector, ¡adelante! saltó Pablo contrariado, que si a cada paso nos detenemos, llevamos traza de no oír el final de la historia porque nos quedaremos ántes traspuestos.

—Prosigo, señor impaciente, contestó Manuel, cojendo el libro i continuando:

“Como llovidos del cielo me venian los cargos honoríficos i dignidades.

“No habia sociedad que recién se formara que no fuera encabezada con mi nombre, dándoseme ademas el título de miembro honorífico de ella.

“Hasta el mismo Gobierno rindió tambien culto al dios ciego,

pues tuvo la debilidad de ofrecirme los mas altos puestos del Estado, que yo tuve la cordura de rechazar.

“Considerábaseme, en fin, por todos como un grande hombre, merced a mis millones, cuando solo era en realidad un pobre diablo.

“Tantas atenciones me dispensaron por último, tanto me halagaron, que dieron alas a mi vanidad i, creyéndome un sér superior a los demas hombres, empecé a mirarlos desde entónces con desprecio.

“En mi insensata vanidad veíalos pequeñitos, como se ven los objetos adheridos al suelo, por elevados que sean, mirados desde mucha altura.”

—¡Qué situacion tan análoga a la mia! interrumpió Ramon por segunda vez.

—Se prohiben las interrupciones, señor mio, arguyó al instante Pablo.

—¡Si fué una mera exclamacion, hombre! replicó a su vez el primero.

—¡Pues se prohiben tambien las exclamaciones! tornó a decir el último.

—Haya paz, señores, observó Manuel i punto final al diálogo, que voi a continuar.

## II.

“Excenta de penas e inquietudes deslizábase de este modo mi vida, dulcemente.

Pero ¡ah! ese bienestar que yo juzgaba eterno, duró solo brevísimo tiempo. Tuve la criminal condescendencia de permitir la entrada al juego en mi casa, i aunque al principio se jugaba por mero pasatiempo, fué poco a poco subiendo la cosa de punto hasta llegar a cruzarse apuestas considerables.

Los amigos se desnudaban allí unos a otros, sin compasion; i mas de uno dejó talvez mi casa decidido a poner fin a mis dias por haber perdido al juego cuanto poseia, i no poder atender a las necesidades de su familia, quizás numerosa.

¡Tan solo de pensarlo me estremezco!

Poco tardé yo mismo en experimentar sus desastrosas consecuencias.

Aficionéme insensiblemente al juego, i aunque al principio mostróseme la suerte favorable, como para tentarme mas i mas, volvíome al fin las espaldas, i desde ese dia datan mis desgracias. Cuando hube experimentado algunas pérdidas, la conciencia pretendia hacerse oír, pero yo, sordo a sus ruegos i estimulado por

el despecho, perverso consejero, no hice caso de sus consejos, continuando la misma vida que habia llevado hasta allí.

Sucedió, pues, al poco tiempo lo que naturalmente debia suceder.

Empecinado yo en recobrar las fuertes sumas que habia perdido al juego i continuando la suerte en mostráseme adversa, llegó un dia en que, de la inmensa fortuna que me legaron mis padres, no me quedó ni lo necesario para vivir modestamente.'

—¡Pobre! ¡infeliz! exclamaron con dolorosa emocion los tres amigos, Ramon, Pablo i Manuel, suspendiendo este último la lectura del manuscrito.

—¡A qué fatal extremo conduce este execrable vicio! dijo Pablo.

—Al peor i mas lamentable de todos, agregó Ramon.

El es el que pone en manos del perdidoso el arma mortífera con que da fin a sus dias, disponiendo así de una existencia que no le pertenece.

—Juro por los manes de amigo no tomar una carta en la mano en los dias de mi vida, murmuró Manuel.

JOAQUIN MARTINEZ RUIZ.

(*Concluirá.*)

